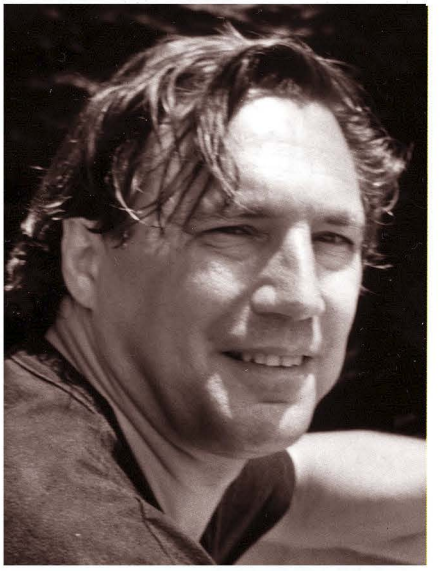
Tabernas ejemplares

Daniel Calderón Samaniego – Escritor



DA COMIENZO, CERVANTES, SU NOVELA EL CASAMIENTO ENGAÑOSO, como en cualquier otra de las denominadas "ejemplares", de forma brillante, ágil, concisa y prometedora. Embauca al lector ya en la primera frase; y tanto, y tan bien teje el hilo de su asunto que incluso esa historia la convierte en la excusa, y su final en el principio para otra segunda: El coloquio de los perros.

Los personajes de la primera, ya que los de la segunda todos sabemos quienes fueron, y aún siguen siendo, dos perros viejos mal vividos pero bien apedreados; digo, pues, que estos otros dos seres mortales que hoy nos ocupan son, a saber y a su recado: el alférez Campuzano, soldado con intención de terciar la pica en Flandes, más corneado por mujer que tomó en matrimonio engañoso, que incluso convaleciente y colmado de bubas que le pasó aquélla que no debiera haber cogido como suya. El segundo, Peralta, su interlocutor.

La cita, frente al Hospital de la Resurrección, fuera de la Puerta del Campo en Valladolid, ciudad a la sazón a la espera de la Corte; donde entonces se contemplaba su portada y ahora nos sorprende la de la casa Mantilla, muy cerca de la propia del autor. La propuesta del buen amigo Peralta al maltrecho Campuzano fue llevarle a su posada y, alrededor de una olla bien repleta, un pastel y ciertas lonjas de jamón, ofrecer su afable amistad, escuchar los sucesos que dieron con él en tal mísero estado, y servir así de oídos a los males que al soldado acaecieron. Y el cuento que ocupa nuestra atención lo comienza a narrar, sin dudarlo Campuzano, tras otra comida en esta misma ciudad, en la posada de la Solana el día que conoció a aquélla que no fue lo que tuvo que haber sido, buena mujer.

En ambas posadas, entrambos personajes entraron y se encontraron con lo que narra la novela como destino ejemplar. Uno escuchó al amigo y ganó una historia que tan bien y con tanta elocuencia relata el autor, quizás oculto en el propio Peralta; el otro, se granjeó la impropia, el comienzo de la suya que fue tortura y perdición: conocer a la mujer en cuestión, aunque embozada, de gentil parecer que enamoró su voluntad, vació su cartera de alegre vividor, y tornó la espada en báculo de enfermo.

Y el lugar en que quedó abrasado de deseo Campuzano, si no de amor malquerido, bien fácil de imaginar: los espacios oscuros, más de día, sin otra luz que la poca que entrara por cuarterones entrecerrados para no destemplar el recinto, tarea no fácil aunque el fogón siempre estuviera encendido; que de noche, rezumando los candiles un olor a aceite viejo, rancio y requemado. La altura baja, de entresuelo, a buen seguro por ser lo mejor de Valladolid, que a tenor de El licenciado Vidriera, que de otra vida ejemplar ésta se trata, el suelo debía apestar y el cielo asolar. El mobiliario tan escueto y sufrido por lo habitual, como grasiento y sotaneado; más duro que poyo de apeadero, que incluso titiriteros usaban, para asentarse, el costal de embolsar las figurillas que mostraban en retablos. Y los olores, todos.

Llegando a los aromas de estos lugares, tan fuertes y francos eran que hubo quien aseguró que los ciegos podían servirse de ellos para deambular por calles y plazas, sin bastón, orientando los pasos por sus narices. Por enumerar y no desagradar al final, comencemos por contar los que, a buen seguro en traseras y patios asegundados, y por servir para aliviar al cliente en desaguar lo bebido y a las gallinas para embadurnar sus picos con porquerías mayores, indecencia de decentes; desdecían éstos a los aromas que entorno a sus fogones se fraguaban. Ahora sí, olores a ollas cocidas en su entereza a fuego de brasa pausada, más repletas de carnes y de embutidos que en las bodas de Daranio y Silveria que narra La Galatea. Aromas a caza escabechada, indicio que de pechugas de perdices y caderas de codornices se abarrotaban los pucheros y cazuelas, tan bien aderezadas ellas, que se roían hasta tal punto los huesos que más que restos, parecían agujas de remendar trajes de hijosdalgos venidos a menos. Tufillos de buen yantar en tablas de mesas, más agudos en suelo de madera, barro o tierra apisonada por clientes bailongos; despidiendo aromas de los caldos de fácil beber derramados en brindis, chanzas y descuidos. Fluidos, digo, que tanto más calentaban bravuconadas como vientres destemplados. Tan intensos éstos, que contagiaban muchas ropas y algunas capas, e incluso purificaban mandiles grasientos de taberneros. Olores con regalo a pez de odre y sebo en madera, agradables cada cual que servían de perfumes a los buenos bebedores.

La competencia, mucha. Bodegones y tabernas; hosterías, hostales y hostalillos colmaban de gran yantar la ciudad desde la Costanilla a la Ronda, pasando por soportales del mercado entorno a la casa del Municipio, tan benignos de aprovechar en las lluvias como de pasear en los sofocos de estío. Abundancia de cantinas y tascas, añadiéndose a ellas por doquier, como grandes compañeros, patios de improvisados asuetos. En todos, que poco importan los nombres, donde a la postre bien se podía comer y beber.

Y el siglo, al fin, amplio de poder y brillo áulico español, el XVI; en su final a más datar; con la Corte a punto de entrar en la ciudad, y por suerte para nuestros oídos mar-

tirizados en el año presente de conmemoraciones mil, don Alonso de Quejada, Quijada, Quesada, o por más acierto, Quijano, todavía se mantenía cuerdo, y el autor recocía su locura, éstas y otras historias en su caletre.

Pero sigamos el hilo de la madeja, y tornemos e encontrar al herido de deleite mal premiado, el señor alférez Campuzado, que entre razón y sinrazón echaba abajo cubilete tras cubilete de vino a la espera de la buena olla y el prometido jamón, contando a Peralta, no a la zaga en la bebida, que harto mejor se estuviera entre turcos que bajo manta de mujer traidora. Aludiendo a su vida de soldado que tan cerca tiene la muerte, y adquiere menos peligros en pleno lance de batalla que en dejarse engatusar por meona vestida con disfraz de bella honrada. Y qué bizarro estaba entonces, decía Campuzano derramando lágrimas de azorado, con sombrero emplumado y paje que le seguía, que creía conquistar a dama pudiente, continuaba diciendo a Peralta, el dolido, al que ya la vista se le nublaba y las palabras se agolpaban en la boca; y cargó con cuarenta sudores en el cuerpo, uno en el alma y dos en los cuernos.

El discurso se enturbiaba tan engalanado de vino y poca comida que estaba, y habiendo vaciado ya cerca de medio cántaro aguado, que el tabernero subía de la bodega de jarra en jarra por no perder el frescor y cobraba de contado en contado; en la última, ya llegando a la mesa cayó dentro una araña habitual del local y muy acostumbrada al bullicio de la tasca que entre tantos olores, buenas moscas se cobraba. Peralta, que todo se lo pagaba al infeliz amigo, increpó esto al tabernero diciéndole que si tuviera tapa de plato, la araña engordada de moscas no terminara sus días ahogándose ante sus ojos, pues seguía revolviéndose en el vino. Caliente y envalentonado el licenciado, que lo era Peralta, le espetó sin poner freno a la lengua que bastante le dejaba en buenos pagos de vino que permitiera, incluso, que la tapa tuviera relleno, que beneficio suyo sería, ya que en probándolo de gratis lo poco y comprobando su buen sabor, bien pediría con pago lo mucho; y que ese cacharro ahí se quedaba. El tabernero menos resentido por lo dicho que molesto por no cobrar la última de las jarras, le dijo a modo de disculpa que razón tenía pero que los buenos precios obligaban a mucha medida en el dispendio; aunque por agradecer todo lo bebido, por no perder tan amistosos parroquianos, y por salvar la última venta, (aunque esto lo calló), les llevaría un buen plato de sobraos de la comida, y que de matanza tampoco estarían a falta.

Y el cuento termina conveniente para el tabernero, conformado para el licenciado, con sollozos ebrios para nuestro atormentado Campuzano, y con alivio para usted, sufrido lector, que esta modesta historia de tabernas ejemplares cuesta seguirla por la torpeza de quien lo cuenta. Y que a tenor de concluir, dos intenciones ha tenido en ello: ser este discreto apunte de las novelas ejemplares que pasan por la ciudad de Valladolid, si usted no las ha leído, como gota de miel en la boca que halague su paladar de buen lector y anime a saborearlas ahora, o después de estos agobios quijotescos. Y hacer un guiño a sus amigos taberneros, que mediten sobre el modo de lisonjear al cliente sin perder de su faltriquera, que el parroquiano se lo agradecerá con beneficio, que más gusta tajada regalada que toda una gran olla bien pagada.

índice

OPINIÓN

2. **FIRMA INVITADA** / 'Tabernas ejemplares', por Daniel Calderón. 4. **ENTREVISTA** / Alfonso García Gama 6. **SE COMENTA** / La prensa dice • De rechupete - Pasado de fecha 5. Calendario de actividades.

INFORMACIÓN

8. **NOS MOVEMOS** / La Feria de Día conquista Madrid • El evento del año • Asamblea general de la APEH • Nuevo convenio colectivo • Breves 13. **EL DESCANSO** / La Oficina de Congresos se renueva. 14. **DE BARES** / La 'movida' vallisoletana. 15. **LA BUENA MESA** / El mejor de los mejores. 16-22. En portada - **7º CONCURSO DE PINCHOS - El 'Capuchinillo', de la botica de Matapozuelos, Pincho de Oro 2005.**

REPORTAJES

23. **NUESTRA GENTE** / Bodega Valle Esgueva. **24. EL TOQUE FEMENINO** / Rosario García Herrera ('La Chocolatera'). **26. ENTREVISTA** / Javier Pastor (Director gerente de Mercaolid). **28. NOS ASOMAMOS A VALLADOLID** / Una isla vallisoletana: Roales y Quintanilla del Molar.

REVUELTO DE LA CASA

30. **AGENDA.** 31. **GLOSARIO** / Especias y condimentos. 32. **LA ÚLTIMA** / ¿De dónde vienes, *'Bloody Mary'*?.

hostelería y Valladolid

EDITA:
Asociación Provincial de Empresarios de Hostelería
Plaza de la Universidad, 4 47002 Valladolid
Tel. 983 305 289 Fax. 983 200 764
www.valladolidhosteleria.com
prensa@valladolidhosteleria.com

DIRECTOR:
Fernando Pérez

CONSEJO DE REDACCIÓN:
Fernando Pérez, Enrique Raposo, Javier Sinovas, Alfonso García, Óscar Zapico, Antonio Rodríguez Negro, Luis Laforga y Enrique Alonso

JEFE DE REDACCIÓN:
Rubén Codeseira

FOTOGRAFÍA:
Luis Laforga y archivo APEH

GESTIÓN EDITORIAL Y PUBLICIDAD:
Quadro 4 Publicidad & Comunicación
Miguel Íscar, 12 3º 47001 Valladolid
Tel. 983 217 674 / Fax. 983 212 802
comercial@quadro4.com
medios@quadro4.com

DEPÓSITO LEGAL:
VA - 178 / 2004

La Asociación Provincial de Empresarios de Hostelería no se hace responsable de las colaboraciones y/o opiniones publicadas en esta revista.